

Acerca del borrador del capítulo II de “El yo y el ello”: el icc no-todo reprimido.

Cosentino, Juan Carlos.

Cita:

Cosentino, Juan Carlos (2005). *Acerca del borrador del capítulo II de “El yo y el ello”: el icc no-todo reprimido. XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-051/347>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewYf/fez>

ACERCA DEL BORRADOR DEL CAPÍTULO II DE “EL YO Y EL ELLO”: EL ICC NO-TODO REPRIMIDO

Cosentino, Juan Carlos

UBACyT - Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires

Resumen

Se trata de la lectura crítica, comparándolo con el borrador y con la copia en limpio, del capítulo II de “El yo y el ello”. Único caso en el cual esas dos etapas principales de la dinámica de producción de un texto están íntegramente documentadas, en el momento en que nace una disimetría entre lo reprimido-icc y ese material lcc que permanece no-reconocido. Así, junto con resistencias de otra índole surge un tercer lcc que se anuncia como no-todo: una objeción a lo universal que deja el camino abierto, pasando por el dolor, para que pueda producirse con cada icc una particularidad que le de “cuerpo” a la falta y lo contradiga.

Palabras Clave

palabras lcc dolor cuerpo

Abstract

THE DRAFT OF CHAPTER II OF THE EGO AND THE ID: THE UCS NOT ALL REPRESSED

This is a critical and comparative reading of the manuscripts (chapter II) of The Ego and the Id. We can read in this work a disymmetry between the repressed unconscious and the material that remains unknown.

Key words

Words Ucs pain body

INTRODUCCIÓN

Al principio, el borrador y la copia en limpio de *El yo y el ello* muestran cierto paralelismo pero, hacia el final del segundo capítulo y en el tercero, comienzan a diferenciarse. En el cuarto y, sobre todo, en el quinto capítulo no hay más que ocasionales puntos de contacto. Asimismo los títulos de los capítulos III, IV y V también difieren en las dos versiones. La copia en limpio, a diferencia de otros de sus escritos, Freud la fue modificando durante las pruebas de galeras como sucede, por ejemplo, con un párrafo suprimido en el capítulo II referido a las fases del trabajo del sueño.

Hay, en Freud, cierta inquietud con esta nueva estructura del aparato psíquico que está proponiendo. Se mueve en un terreno conceptual poco familiar. Tramos enteros del borrador no pasaron a la copia en limpio que también recibió muchas correcciones. Es la última gran obra teórica que guarda tal fuerza innovadora y estructurante que divide, de hecho, toda la literatura psicoanalítica en un antes y un después.

Se abre así una futura etapa, que apenas comenzamos con el capítulo II: la de preparar con el material de los manuscritos - estableciendo el texto en alemán[1]- una versión crítica de *El yo y el ello*. Se trata “del único caso en el cual estas dos etapas principales de la dinámica de génesis de un texto constitutivo para la formación de teorías están íntegramente documentadas”[2].

Un cambio de pregunta

En el capítulo I, Freud anuncia que una parte del yo es *icc*. Y como ese *lcc* del yo introduce la necesidad lógica de erigir un

lcc no-todo reprimido, pretende averiguar más sobre el yo: “también el yo puede ser *icc* en el sentido estricto del término”. A partir de la pregunta, ¿qué quiere decir hacer algo (*etwas*) conciente? y de una afirmación a la que le adjuntamos signos de interrogación: ¿“nuestra investigación debe tomar como punto de partida esa superficie que percibe”?[3]. ¿las percepciones provienen de afuera?, Freud diferencia las percepciones que provienen de afuera (sensoriales) y las que vienen de adentro, que llama sensaciones y sentimientos.

Y con esta distinción se pregunta qué sucede con aquellos procesos internos que nombra procesos de pensamiento. Así, repone una tercera vía que produce un primer vuelco[4]. Se produce, luego, un cambio de pregunta: ¿cómo algo se vuelve *pcc*? A través del nexo con las correspondientes representaciones-palabra. La percepción se separa de la *cc* y se une como percepción acústica a las representaciones-palabra. Éstas son restos mnémicos. Una vez fueron percepciones y, como todo resto mnémico[5], pueden volverse nuevamente *cc*, es decir, ser escuchadas.

Con el cambio de pregunta la percepción deja de coincidir exclusivamente con la superficie del aparato psíquico, es decir con la conciencia. Con lo cual nuestra investigación no debe tomar como punto de partida esa superficie que percibe. Debe partir de los restos de palabra de las percepciones acústicas[6] que constituyen el tesoro de palabras de la *Muttersprache* (lengua materna)[7].

Así, lo que del interior (salvo los sentimientos) quiere volverse *cc* tiene que trasmutarse por medio de las huellas mnémicas en percepciones externas, es decir, en representaciones-palabra. La conexión con la palabra hace posible escuchar lo reprimido-*icc* pero no agota el *lcc*: perdura un material que permanece no-reconocido.

Los restos mnémicos forman parte de sistemas -como en el capítulo VII de la *Traumdeutung*- y sus investiduras pueden transmitirse hacia los elementos del sistema *P-Cc*, con el que limitan. Esas investiduras sostienen aquel primer giro e introducen una diferencia entre los fenómenos de la alucinación[8] y de la revivificación[9].

La lingüística es la ciencia que se ocupa de la lengua. Freud no conoció a Saussure[10]. Pero en su tiempo la lingüística existía: se trataba de la filología. Muchos de los textos de filología que frecuentaba estaban repletos de lingüística presaussuriana. Así, es en el campo de la “*Muttersprache*” donde participa, como ocurre con los olvidos, los chistes, los lapsus, la operación de la palabra[11].

Con la introducción de la segunda tópica, ese exterior ajeno de la investidura se ubica más allá del campo de lo reprimido-*icc*. Es decir, introduce una ruptura que le abre paso a algo (*etwas*) que no se ajusta al campo en que se produce[12]: nace una disimetría entre lo reprimido-*icc* y ese material *lcc* que perdura no-reconocido, como “un otro” (*Anderes*) cuantitativo-cualitativo o -la versión del borrador- como “algo (*Anders*) distinto cuantitativo-cualitativo”.

En el texto va a insistir con esa distinción entre reprimido-*icc* e *lcc*, pero antes vuelve a los restos de palabra que, al proceder fundamentalmente de percepciones acústicas, le confieren un origen sensorial peculiar al *Pcc*. [13]

En consecuencia, al ubicar como secundarios sus componentes visuales, la palabra es para Freud el resto-mnémico de la palabra

oída, es decir, escuchada. Otra vez, la palabra es el resto-mnémico del tiempo en que el niño aprende a manejar el erario de palabras (*Wortschatz*) habladas y aun escuchadas de su lengua materna.

El lenguaje de los sueños

Pero no olvida la importancia de los restos-mnémicos ópticos, es decir, para los procesos de pensamiento, “el retorno a los restos visuales”[14]. En 1913, el lenguaje de los sueños es la forma de expresión de la actividad anímica inconsciente[15]. De ese modo, pensar en imágenes se encuentra también más cerca de los procesos inconscientes que el pensar en palabras[16].

Es aquí donde Freud intercaló una frase en la copia en limpio de este capítulo, referida a las fases de formación del sueño, que luego suprimió en el texto publicado. “Quizá se justificaría distinguir -señala- de modo más definido que hasta ahora, dos fases, en el trabajo del sueño”. El tema de las fases (una primera, óptica y una segunda, de conversión en lenguaje), a su vez, está más ampliamente desarrollado en el borrador, donde escribe:

De esta índole del pensar podemos hacernos una representación a partir del estudio del[os] sueño[s]. Se llega a saber que lo que se vuelve cc es sólo material, por lo general material concreto del pensamiento, pero para las relaciones, que son parte esencial del pensamiento, no se da [una] expresión óptica. Pensar en imágenes es, entonces, un [volverse] cc muy imperfecto. Para el trabajo del sueño habría que distinguir, quizás, más nítidamente dos fases: en la primera se transforma material de pensamiento en imágenes (fase óptica), en la segunda se intenta la conversión en lenguaje (contemplación por la puesta en escena), que, de manera evidente, está todavía bajo el dominio de las imágenes. El sueño intenta volverse de nuevo pcc y, con la elaboración secundaria, se abre [la] tercera fase, en que recibe el trato de todo contenido pcc, de modo que en [el] trabajo del sueño habría que reconocer dos direcciones sucesivas: la regresiva, del objeto pcc como resto diurno, bajo influencia del deseo reprimido, en material óptico; después [la] progresiva, [hacia] nuevo contenido pcc expresado en lenguaje [y] más tarde todavía racionalizado. Igual que el chiste, también el sueño sería cedido por un rato a la elaboración icc, luego emergería de ella otra vez al pcc.

Así, la diversidad entre los restos visuales y los acústicos nos traslada a *El interés por el psicoanálisis*[17] y al capítulo VI de *La Traumdeutung*[18]. Al reparar en que los medios de representación del sueño son principalmente imágenes visuales (*visuelle Bilder*)[19], y no palabras, le parece mucho más adecuado comparar el sueño con un sistema de escritura que con una lengua. El texto o contenido del sueño se presenta “como una escritura jeroglífica (*Bilderschrift*) cuyos signos deben ser transferidos uno por uno a la lengua de los pensamientos del sueño”. Y como se trata de una escritura en imágenes: “uno se extraviaría, sin duda, si quisiera leer esos signos según su valor de imagen, en lugar de hacerlo según su relación entre signos”[20]. Los signos del texto onírico, como en las escrituras no alfabéticas, toman su valor de la relación entre unos y otros. Pues bien, “el sueño es un *acertijo en imágenes* de ese tipo, y nuestros predecesores en el terreno de la interpretación de los sueños han cometido el error de considerar al *rebus* como composición pictórica -es decir, como una semiología figurativa-. Como tal -es decir, como una pre-escritura- les parecía sin sentido y carente de valor”[21].

Adelantándose a los desarrollos lingüísticos modernos, al considerar el texto del sueño como una escritura jeroglífica, como ocurre con la lectura de un *rebus*, se pierde el referente y se quiebra la ley de la representación. Para Warbuton, un autor que Freud no cita, los intérpretes egipcios, durante el trabajo de interpretación, tenían que recurrir, como el sueño mismo, al *tesoro jeroglífico*[22]. Transmitido, a su vez, como un tesoro sagrado, de una generación sacerdotal a otra[23].

En la “15ª conferencia”: el carácter equívoco y la indeterminación del sueño, son propiedades que se esperan del mismo. El trabajo del sueño lleva a cabo una traducción a otra forma de expresión, la escritura jeroglífica. Todos estos sistemas no alfabéticos adolecen de tales indeterminaciones y equívocidades. El sueño, en especial, *no quiere decir nada a nadie*, no es un vehículo de la comunicación, cifra un mensaje. Se esfuerza en permanecer incomprendido. “No piensa (*denkt*) ni calcula (*rechnet*) ni juzga (*urteilt*). Se limita a transformar”[24].

Freud escribe que, al postular el interés del psicoanálisis para el investigador de la lengua o filólogo, excede el significado usual de las palabras: por *lenguaje* no se debe entender la mera expresión de pensamientos en palabras, también ... cualquier otro modo de expresar una actividad anímica, como la escritura. Esta posición incide sobre la “lingüística” freudiana, es decir, la filología, que se ocupará de los fenómenos que se producen en la lengua de los sueños: “un modo de expresión -un lenguaje-ajeno”. Al comparar el sueño con una antigua escritura, nos advierte que si ese modo de concebir el texto del sueño no ha hallado aun un mayor desarrollo, ha sido tan sólo porque “el psicoanalista carece de aquellos puntos de vista y conocimientos con que el filólogo abordaría un tema como el del sueño”. [25] Por el camino de la palabra o de las escrituras no alfabéticas, con los filólogos que lee Freud, nos reinstalamos, con el tesoro de palabras o con el tesoro jeroglífico de la lengua materna (*Muttersprache*), en el campo del lenguaje.

Así, tanto para Lacan, como antes para Freud, cuya formación era altamente lingüística ya que era decididamente filológica, no es una determinada forma de lingüística lo que importa, “sino el simple hecho de que, con respecto a la lengua, algo del orden de una escritura es posible”. [26]

Percepción interna-yo: la introducción del dolor

Resuelta la relación percepción externa-yo en el espacio lingüístico con la voz y con la palabra, retorna, en un nuevo giro, la relación difícil percepción interna-yo.

No es correcto relacionar toda conciencia con el sistema *P-Cc* de superficie. Dicha percepción interna entrega sensaciones de procesos que vienen de las capas más diversas, como más profundas del aparato psíquico. Y en esta nueva oposición entre lo superficial y lo profundo[27], esas sensaciones multiloculares, que vienen de diferentes lugares al mismo tiempo y tienen cualidades diferentes e incluso contrapuestas, vuelven a anunciar “su enorme significación económica como su fundamento metapsicológico”. Aunque descubriremos una diferencia, pues se trata de un *Icc* no-todo reprimido, con relación a 1915.

Freud cuenta con el principio de placer y con el más allá que lo agujerea[28] y llama a las sensaciones apremiantes un otro (*Anderes*) o -en el borrador- algo distinto (*Anders*) cuantitativo-cualitativo que se comporta como un impulso reprimido y puede desplegar fuerzas pulsionantes sin que el yo advierta la compulsión o puede volverse *cc* como displacer[29], cuando se obedece la regla fundamental del psicoanálisis y diciendo, se libera lo reprimido.

De esta forma, en este capítulo, introduce una primera vez el dolor. Y nos recuerda que, como las tensiones de necesidad, puede permanecer *icc*. Y lo define más allá de lo interno y de lo externo: como algo intermedio entre percepción externa e interna que se comporta como algo interno aún cuando provenga del mundo externo.

Mientras las representaciones *icc* se ligan a representaciones-palabras, esos eslabones de conexión no hacen falta para las sensaciones: avanzan directamente hacia adelante. Pero si se les cierra el avance *lo otro* o lo distinto -como en la copia en limpio- *que les corresponde* en el curso de excitación es de la misma índole.

El rol de las representaciones-palabra se despeja pues los procesos internos de pensamiento se convierten en percepciones acústicas, pero ¿qué ocurre con lo otro o lo distinto que les corresponde también a dichos procesos internos de

pensamiento?

En tanto la pregunta aguarda, de nuevo, para Freud, todo conocimiento proviene de la percepción externa. Cuando el pensar es sobreinvestido -interviene eso otro o eso distinto que aun está a la espera- los pensamientos son percibidos de modo efectivo -como desde afuera- y por eso se los tiene por verdaderos[30].

El manuscrito del borrador[31] que hace referencia, obviamente, al tema de la percepción, comprende en total treinta y dos páginas. Veintinueve de estas páginas y la primera sección de la página treinta, como ocurre con los borradores de Freud, están tachados por bloques en diagonal. A continuación, se encuentran cerca de dos páginas de anotaciones cortas que llevan el subtítulo de "Preguntas accesorias, temas, fórmulas, análisis". El mismo subtítulo indica, sin duda, el carácter de anotación que le adjudica quien escribe. Plantea preguntas, anota temas y formula frases centrales. Finalmente intenta un breve resumen de los ejes de *El yo y el ello*.

A partir de tres de esas frases centrales que formula en el borrador, pasa de la percepción a lo oído:

1. "Sólo puede volverse cc aquello que ya fue cc, es decir, lo que proviene de la [percepción].

2. Todo conocimiento parte de la superficie, del yo, es decir, de [la] p[ercepción].

3. Hacer cc un pensamiento = disponerlo como si estuviese siendo oído".

Con lo oído se agujerea el espacio de la percepción y se establece el espacio lingüístico.

Seguidamente continúa con el segundo recorrido. Además de lo indicado en relación a la universalidad del simbolismo del lenguaje[32], algo permanece no resuelto en la diferencia entre sensación-sentimiento y representación-icc: lo que del lcc resta no-reconocido, eso otro -distinto- que le corresponde en el curso de excitación.

La representación-palabra quiebra el espacio euclidiano de la percepción e inaugura el lingüístico. Luego, lo agujerea la investidura con el fenómeno de la alucinación y el lugar de la voz. Finalmente, lo franquea el dolor que, al comportarse como algo interno que proviene de algo externo, sostiene, al mismo tiempo, el espacio lingüístico de las representaciones-palabra conjuntamente con "resistencias de otro orden" -más allá de las resistencias a ocuparse de lo reprimido-icc-.

Con el dolor, como lo señala en *El problema económico del masoquismo*, hay un cambio de meta. Se trata de una satisfacción de otro orden: el sujeto encuentra placer, más allá del principio, en el displacer, hay lugar para el goce.

Así, para Freud, la palabra es "hablando con propiedad, el resto mnémico de la palabra oída". Y si la palabra es el resto mnémico del tesoro de palabras habladas y aun escuchadas de la lengua materna, se esclarece lo que de ese caudal de palabras lcc permanece no-reconocido y, al mismo tiempo, se sostiene como resultado del empleo del lenguaje, de una paradójica satisfacción, paga por las mudas pero poderosas pulsiones de destrucción.

Freud constata pues que no-toda la pulsión está inscrita en la representación. Interviene el silencio de la pulsión, cuyo nombre es la pulsión de muerte. Con el cambio de meta -el placer en el dolor- es posible localizar esa extraña satisfacción. Hay goce donde comienza a aparecer el dolor. Y es sólo en ese borde del dolor que puede experimentarse el cuerpo que, de otro modo, permanece velado. Allí, intervienen resistencias de un curso diferente que juegan un papel económico decisivo y, en el final de este capítulo, constituyen los obstáculos más intensos en el camino de la curación.

La diferencia yo-el-lo: el cuerpo y el dolor

En relación al nacimiento del yo[33] y su diferenciación del ello, un poco después, introduce el cuerpo y, por segunda vez, el dolor. Pues en esa diferenciación yo-el-lo, también ha producido efectos un factor distinto al del influjo del sistema P: el cuerpo

propio (*eigene Körper*).

Nuevo pasaje por el yo como entidad corporal. El *Ich* no es sólo una entidad de superficie sino en sí mismo la proyección, que tiene como referencia al dolor, de una superficie. Cada vez que produce un nuevo giro recupera el campo de la palabra. Pero de esta manera queda demostrado que el yo conciente -su punto de partida- con esta nueva ruptura del espacio es, ante todo, un yo-cuerpo (*Körper-Ich*). Un yo-cuerpo en ese límite del dolor -algo interno que proviene de algo externo- que es visto como un objeto ajeno. Y en esa ajenidad del cuerpo donde aparece el dolor, como anticipamos, hay goce ... hay otro "espacio" para lo real del goce.

El yo-cuerpo, un yo extraño, ocupa el lugar de ese objeto que Freud no terminó de construir y sostiene, objetando lo universal, ese tercer lcc no-todo reprimido. De nuevo, un material lcc no-reconocido. Es decir, huellas mnémicas duraderas del caudal de palabras habladas y aún escuchadas en que el goce se deposita, que perdura como imposible de escribir. Huellas mnémicas duraderas, aunque no inalterables[34], esperando contingentemente que algo de lo singular que le da *cuerpo* a la falta, se escriba.

[1] Con el material de los manuscritos del capítulo II, Susana Goldmann ha establecido los textos en alemán, de los cuales proponemos una primera traducción al castellano de los párrafos utilizados. Mucho agradecemos también a Ilse Gubrich-Simitis por los datos que nos aportó para obtenerlos.

[2] Ilse Gubrich-Simitis, *Zurück zu Freuds Texten*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1993.

[3] S. Freud, *El yo y el ello* (cap. II), en *El problema económico: yo-el-lo-súoer-yo-sintoma*, Bs. As., Imago Mundi, 2005, págs. 29-37.

[4] S. Freud, *Lo inconsciente*, GW, X, 300-01 (AE, XIV, 197-99). Allí, recuerda la diferencia efectiva entre una representación *icc* y una *pcc* (un pensamiento): la primera se lleva a cabo en algún material que permanece no-reconocido (*unerkant*) mientras que a la segunda se le agrega el nexa con *representaciones-palabra*. Primer intento de señalar otros signos diferenciales para el *Pcc* y el *lcc* que la referencia a la conciencia.

[5] Lo reprimido-icc.

[6] Ver la nota 11 del capítulo II de *El yo y el ello*, ob. cit., pág. 31.

[7] S. Freud, *El chiste* (B. Parte sintética: IV. El mecanismo de placer y la psicogénesis del chiste), GW, VI, 140-41 (AE, VIII, 120-21). "En la época en que el niño aprende a manejar el tesoro de palabras (*Wortschatz*) de su lengua materna (*Muttersprache*), le depara un manifiesto gozo «experimentar jugando» con ese material, y entrama las palabras sin atenerse a la condición del sentido, a fin de alcanzar con ellas el efecto placentero del ritmo o de la rima. Ese gozo (*Vergnügen*) le es prohibido poco a poco, hasta que al fin sólo le restan como permitidas las conexiones provistas de sentido entre las palabras. Pero todavía, años después, las aspiraciones de sobreponerse a las limitaciones aprendidas en el uso de las palabras se desquitan deformándolas por medio de determinados apéndices, alterándolas a través de ciertos arreglos (reduplicaciones, jerigonzas) o aun creando un lenguaje propio para uso de los compañeros de juego ... Opino que no importa el motivo al cual obedeció el niño al empezar con esos juegos; en el ulterior desarrollo se entrega a ellos con la conciencia de que son disparatados (*unsinnig*) y halla gozo en ese estímulo de lo prohibido por la razón. Se vale del juego para sustraerse de la presión de la razón crítica".

[8] El fenómeno de la alucinación también anticipa una ruptura del espacio euclidiano: el énfasis ahora está puesto en la investidura. Dicha investidura no sólo se propaga, se traspa completamente al elemento P: un exterior ajeno, como son, por ejemplo, las voces extraviadas de la psicosis. Así, el valor de ese objeto, que Freud no terminó de construir conceptualmente, nos revela el lugar de la voz, más allá de la oposición interior-exterior, en el espacio lingüístico constituido por el Otro de la lengua materna. Es decir, nuestro "lenguaje fundamental", según la acertada expresión de Schreber. "El «lenguaje fundamental» (*Grundsprache*), con lo que se alude al discurso propiamente dicho de lo delirante, que el enfermo tan sólo experimenta disfrazadamente en su conciencia (de igual modo que en el *Hombre de las ratas*), pienso adoptarlo en serio como expresión técnica". *Correspondencia S. Freud-C. G. Jung*, carta del 1 de octubre de 1910 (214F), Madrid, Taurus, 1978.

[9] Freud compara la alucinación, marcando la diferencia, con el fenómeno de la revivificación de un recuerdo, pues en éste la investidura se mantiene a la espera en el sistema mnémico. Al revivir (*Wiederbelebung*) un recuerdo interviene la palabra y no las voces de la psicosis, pero igualmente ocurre en el espacio lingüístico. Un poco después, las reacciones frente a los traumas tempranos tienen otra cara, diferente al retorno de lo reprimido, que se adecua al vivenciar de generaciones anteriores. "Huellas mnémicas olvidadas que pueden *revivirse* por curso espontáneo o por obra de la repetición real reciente

del suceso, cierto factor accidental". Y aquello "que *resta* como persistencia de huellas mnémicas de la herencia cuya prueba más fuerte son los *fenómenos residuales* del trabajo analítico" (S. Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (cap. III, parte I, punto E), AE, XXIII, 96.).

[10] Entonces la "ciencia" del lenguaje recién se está construyendo. La filología y la etimología serán desplazadas y quedarán parcialmente incluidas en la "ciencia" lingüística saussuriana que, en esos años, está surgiendo.

[11] El lenguaje interviene siempre bajo la forma de una palabra -señala Lacan- lo más cercana posible a la locución francesa *lallation -laleo* en castellano-, *lalengua* ("Conferencia en Ginebra sobre el síntoma", en *Intervenciones y textos II*, Bs. As., Manantial, 1988, pág. 125). Así, en el análisis, no se trata tanto de servirse de la buena suerte de *lalengua* como de estar atento a su advenimiento en el lenguaje (*Télévision* (VII), París, Seuil, 1974).

[12] Del mismo modo, el giro de 1920 se basa en la formulación de que el principio de placer no rige todos los procesos del aparato psíquico, ellos también obedecen a la compulsión a la repetición.

[13] En 1923, el *Pcc* sigue manteniendo en la teoría un origen que le es peculiar: de él proceden las percepciones acústicas que darán lugar a los restos mnémicos.

[14] S. Freud, *El yo y el ello* (cap. II), ob.cit., pág. 31.

[15] "Aunque el inconsciente habla más de un solo dialecto". S. Freud, *El interés por el psicoanálisis* (II. El interés del psicoanálisis para las ciencias no psicológicas: A. El interés para la ciencia del lenguaje), GW, VIII, 404 (AE, XIII, 180).

[16] "y -agrega- es, sin duda, más antiguo que éste tanto ontogenética como filogenéticamente".

[17] S. Freud, *El interés por el psicoanálisis*, ob. cit. 403-405 (179-181).

[18] S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. VI), GW, II/III, 283-84 (AE, IV, 285-86).

[19] En 1901, Freud encuentra, en el material del sueño, recuerdos de experiencias impresionantes (*eindrucksvolle Erlebnisse*) de la primera infancia, marcas (*Eindrücke*) visuales, que ejercen un *influjo* determinante sobre la conformación del texto del sueño, operando como un punto de cristalización, con efectos de atracción y distribución sobre el material onírico. Así, la situación del sueño "no es más que una repetición modificada de una de esas *experiencias contundentes*; y sólo muy rara vez, una reproducción de escenas reales". Ver J. C. Cosentino, *El inconsciente: la temporalidad del trauma*, en *El problema económico ...*, ob. cit., págs. 111-26.

[20] S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. VI), ob. cit.

[21] S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. VI), ob. cit.

[22] W. Warbuton, *The Divine Legation of Moses*, editado por Rene Wellek, Londres, 1978.

[23] K. Abel, "Acercas del sentido antitético de las palabras primitivas", en *El psicoanálisis y las teorías del lenguaje*, Bs. As., Catálogos, 1988, pág. 40. Ver también J. C. Milner, "Benveniste I (Sentidos opuestos y nombres indiscernibles. K. Abel reprimido por E. Benveniste)", en *El periplo cultural*, Bs. As., Amorrortu, 2003, págs. 65-87.

[24] S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. VI, *El trabajo del sueño*, I: "La elaboración secundaria"), GW, II-III 511 (AE., V, 502).

[25] S. Freud, *El interés por el psicoanálisis*, ob. cit. 403-405 (179-181).

[26] "A Freud le bastó la gramática comparada, un tanto incierta, de Abel". Ver J. C. Milner, *El amor por la lengua*, México, Nueva Imagen, 1980, pág. 65.

[27] Al contrario de lo que sucede con el esquema del capítulo II de *El yo y el ello*, el capítulo II de *La cuestión del análisis profano* nos abre otra perspectiva: el ello es impenetrable en el espacio euclidiano. El sujeto se enfrenta con esa profundidad cerrada que da lugar a algo que no se circunscribe al espacio en que se produce: un punto fuera de la superficie del yo. Aquel punto en el que el borde de la cuna, en el momento inaugural del *fort*, produce una ruptura del espacio y lo vuelve heterogéneo. El ello, en la profundidad del interior del esquema, pasando por los giros de la gramática, ajustado a una lógica que se sostiene de sus aspiraciones singulares, como un guante dado vuelta, se vuelve *afuera-ajeno-enemigo*. Así, concluye el giro que comenzó con el ello al señalar que no sólo lo más profundo, también lo más alto en el yo, igualmente impenetrable en el espacio euclidiano, puede ser inconsciente. Le falta introducir el súper-yo y su moral insensata, tal como ocurrirá en el último capítulo del texto.

[28] Como consecuencia de la ruptura de la barrera contra-estímulo se produce lo no-ligado que le abre paso a algo que no se reduce al campo en que se produce: se presenta como un exterior, siempre excluido.

[29] Etcheverry pasa por alto traducir: "como displacer".

[30] Aquí hay un juego de palabras en el idioma alemán. Ver nota 19 del cap. II, ob. cit., pág. 33.

[31] Al principio, el borrador y la copia en limpio de *El yo y el ello* muestran cierto paralelismo pero, hacia el final del segundo capítulo, comienzan a diferenciarse.

[32] En *Moisés* (cap. III, parte I, punto E), para Freud: la sustitución simbólica de un objeto por otro es cosa corriente, natural, en todos nuestros niños. No podemos determinar cómo la aprendieron ... tenemos que admitir la imposibilidad de un aprendizaje. Se trata de un saber originario ... olvidado. Se emplean dichos símbolos en los sueños, pero no se los comprende si no se los interpreta, y aun entonces no se da crédito a la traducción. Si el sueño ha servido de uno de los giros lingüísticos o locuciones usuales en que ese simbolismo se encuentra fijado, para el sujeto su sentido genuino se ha

escapado por completo. El simbolismo pues se abre paso por encima de la diversidad de las lenguas ¿un caso de herencia arcaica, del tiempo en que se desarrolló el lenguaje? Al estudiar las reacciones frente a traumas tempranos, a Freud le sorprende hallar que no se atienden de manera estricta a lo efectivamente vivenciado por sí-mismo. Se ajusta mucho más al modelo de un suceso filogenético y, en términos universales, sólo en virtud de su influjo se pueden explicar. Pero la fuerza probatoria del material clínico le permite dar otro paso y formular la tesis de que la herencia arcaica del ser humano no abarca sólo predisposiciones, sino también -otra vez, ese *lcc* no todo como objeción a lo universal del simbolismo del lenguaje- contenidos, huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores.

[33] Esto aparece sin ubicación precisa en el manuscrito de la copia en limpio: "Si el yo fuera tan sólo la parte del ello modificada por el influjo del sistema de percepción, el representante del mundo exterior real en lo anímico, estaríamos frente a un estado sencillo de los hechos. Pero hay algo más que agregar".

[34] Nuestro aparato anímico: "es ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas, y además les procura huellas mnémicas duraderas (*dauerhafte*) -aunque no inalterables (*unveränderliche*)" (S. Freud, *Notiz über den "Wunderblock"*)» (Nota sobre el "block" maravilloso), GW, XIV, 3-8).